

ironía,—bien podría usted hacer que se me pres-tasen cien mil francos... Así podría pagar a mi sastre, quien me hace pasar muy malos ratos.

—Cien mil francos se encuentran — contestó tranquilamente madama Sidonia; — sería cuestión tan sólo de fijar el precio.

La lumbre resplandecía; Renata, más lángui-da cada vez, estiraba las piernas dejando ver las babuchas al extremo del peinador. La corredora repuso con su acento lacrimoso:

—Pobrecita mía, en realidad no eres razona-ble... Muchas son las mujeres que conozco, pero ninguna tan poco cuidadosa de lo que le con-viene. Mira, ahí tienes a esa pequeña Michelin; esa sí que las sabe arreglar. A pesar mío, pienso en ti cuando la veo tan dichosa y tan campante... ¿Sabes que el señor de Saffré está como un loco enamorado y que ya le ha hecho regalos que im-portan casi diez mil francos?... Tengo para mí que sueña en tener una casa de campo.

Y se animaba mientras buscaba en el bolsillo.

—Aquí precisamente tengo una carta de una pobre joven... Siuviésemos luz te la dejaría leer... Figúrate que su marido maldito lo que se ocupa de ella. Había firmado pagarés, y no ha tenido más remedio que pedir prestado a un ca-ballero a quien yo conozco. Yo soy la que ha reti-rado los pagarés de las garras de los alguaciles, y no con poco trabajo... Y esos pobres mucha-chos, ¿crees tú que hacen ningún mal? Yo los recibo en mi casa como si fuesen mi hijo y mi hija.

—¿Conoce usted a algún prestamista? — dijo Renata con negligencia.

—Diez conozco... Tú eres demasiado buena. Entre mujeres, ¿no te parece? son muchas las cosas que se pueden decir, y no porqué tu mari-do sea mi hermano, he de excusarle de que ande por ahí tras de las mujeres perdidas, dejando

que se consuma en un rincón del fuego una mu-jer tan preciosa como tú... Esa Laura de Aurig-ny le cuesta un ojo de la cara. No me maravilla-ría de que te hubiese negado dinero. Te lo ha negado, ¿me equivoco?... ¡Ah, desgraciado!

Renata escuchaba complacida aquella voz in-dolente que salía de la obscuridad, como el eco vago aun de sus propios ensueños. Con los pár-pados entornados, tendida casi en su sillón, ya no se daba cuenta de que madama Sidonia estu-viese allí, creía soñar que malos pensamientos le acudían a la mente y que la tentaban con suavi-sima dulzura. La corredora siguió hablando por mucho tiempo, semejante a un chorro de agua tibia y monótona.

—La señora de Lauwerens ha sido la que ha menoscabado tu existencia. Nunca me has que-rido creer. ¡Ah! no te encontrarías gimiendo en un rincón de tu chimenea, si no hubieses desconfiado de mí... Y yo te quiero como a mis propios ojos, hermosa mía. Tienes un pie seductor. Vas a burlarte de mí, pero quiero contarte mis locu-ras: cuando pasan tres días sin que te haya visto, me es de todo punto indispensable venir a admi-rarte; sí, me falta algo; necesito saciar mi vista con tus hermosos cabellos, con tu rostro tan blanco y tan delicado, con tu delgado talle... En realidad de verdad, en toda mi vida he visto talle como el tuyo.

Renata acabó por sonreírse. Ni sus mismos adoradores, al hablarle de su belleza, demost-ra-ban tanto calor, tan reconcentrado éxtasis.

La señora Sidonia se fijó en aquella sonrisa.

—Vamos, queda convenido — dijo levantándo-se de súbito.—Estoy charla que te charla y me olvido de que te caliento la cabeza... Vendrás mañana, ¿verdad que sí? Hablaremos de dinero, buscaremos un prestamista... ¿Entiendes? deseo que seas feliz.

La joven, sin moverse, desfallecida por el calor, contestó con el silencio, como si hubiese necesitado un trabajo laborioso para comprender lo que se decía a su alrededor.

—Sí, iré, queda convenido, y hablaremos; pero no mañana. Worms se contentará con una cantidad a cuenta. Cuando vuelva a atormentarme, veremos. No vuelva usted a hablarme de todo esto. Tengo ahora la cabeza destornillada para los negocios.

Madama Sidonia pareció muy contrariada. Iba a volverse a sentar, a reanudar su cariñoso monólogo; pero la fatigada actitud de Renata le hizo posponer su investida para otra ocasión. Sacó del bolsillo un puñado de papelotes, entre los cuales buscó y acabó por encontrar un objeto encerrado en una especie de caja color de rosa.

—Había venido para recomendarte un jabón nuevo—dijo volviendo a su voz de corredora.—Me intereso en el alma por el inventor, que es un primor de joven. Es un jabón suavísimo, muy conveniente para el cutis. Ya lo probarás, ¿verdad? y hablarás de él a tus amigas... Aquí te lo dejo, sobre la chimenea.

Estaba ya en la puerta, cuando volvió atrás, y, en pie, en medio de la claridad rojiza de la chimenea, con su rostro de cera, púsose a hacer el elogio de un cinturón elástico, un invento destinado a reemplazar los corsés.

—Esto da al talle una forma redonda en absoluto, un verdadero talle de avispa—continuaba.—Esto lo he salvado de una quiebra. Cuando vayas por casa, te probarás las muestras, si lo deseas... He tenido que verme con abogados toda una semana. Tengo el legajo en el bolsillo y me voy en seguida a casa de mi procurador para presentar una última oposición... Hasta muy pronto, hermosa mía. Ya sabes que te espero y que quiero enjugar tus lindos ojos.

Deslizóse y desapareció. Renata no la oyó ni siquiera cerrar la puerta. Quedóse delante del fuego que se apagaba, continuando el ensueño de todo el día, con la cabeza llena de números que parecían bailar dentro de ella, oyendo a lo lejos las voces de Saccard y de Sidonia, que hablaban como ofreciéndole ésta cantidades considerables, con el acento que emplea el tasador para vender un mobiliario en pública subasta. Sentía en el cuello el beso brutal de su marido, y cuando se volvía, era la corredora a quien encontraba a sus pies, con el vestido negro, con su verdoso rostro, dirigiéndole apasionadas frases, poniendo en las nubes sus perfecciones e implorando una cita de amor, en la actitud del amante en el colmo de la resignación. Aquello la hacía sonreír. El calor en el gabinete se hacía cada vez más sofocante. Y el estupor de la joven, los extravagantes ensueños que la asediaban, no eran sino un sueño ligero artificial, en cuyo fondo veía incesantemente el gabinetito del bulevar, el ancho diván en que había caído de rodillas. No sufría ya nada absolutamente: cuando alzaba los párpados, Máximo cruzaba por entre las encendidas brasas.

El día siguiente, en el baile del ministerio, la hermosa señora de Saccard estuvo admirable. Worms había aceptado los cincuenta mil francos a cuenta; de aquel apuro de dinero salía Renata con risas de convaleciente. Cuando atravesó los salones con su gran vestido de faya color de rosa con larga cola Luis XIV, guarnecida de anchos encajes blancos, alzóse un murmullo y los hombres se empujaron para verla. Los íntimos se inclinaban con discreta sonrisa de inteligencia, rindiendo homenaje a sus hermosos hombros, tan conocidos por todo el París oficial y que eran las sólidas columnas del imperio. Iba descotada, con desprecio tal de las miradas, andaba con sosiego

y blandura tales en medio de su desnudez, que casi no resultaba indecente. Eugenio Rougon, el gran hombre político, que tenía aquella desnuda garganta por más elocuente aún que su palabra en la Cámara, más dulce y más persuasiva para hacer saborear los encantos del régimen y convencer a los escépticos, fué a felicitar a su hermana política por su feliz y audaz osadía, al desecotar su corpiño dos dedos más. Casi todo el Cuerpo legislativo se encontraba allí, y al ver el modo con que los diputados miraban a la joven, el ministro se prometía el mejor de los éxitos para el día siguiente, en la delicada cuestión de los empréstitos de la ciudad de París.

No era posible votar contra un poder que hacía brotar en el mantillo de los millones, una flor como aquella Renata, tan extraña flor de voluptuosidad, con cutis de seda, con desnudeces de estatua, goce viviente que dejaba tras sí una fragancia de tibio placer. Mas lo que hizo cuchichear al baile entero fué el collar y la piocha. Los hombres conocían las joyas, y las mujeres se las señalaban, furtivamente, con la vista. No se habló sino de aquello en toda la noche. Y los salones se prolongaban unos tras otros, iluminados por la blanca claridad de las arañas, henchidos de brillante muchedumbre, cual una confusión de astros caídos en lugar demasiado estrecho.

Allá a la una Saccard se eclipsó. Había disfrutado del gran éxito de su mujer, como hombre a quien satisface su golpe teatral. Acababa de consolidar su crédito más y más. Un asunto le llamaba a casa de Laura de Aurigny; tocó soleta, rogando a Máximo que acompañase a Renata al hotel, después del baile.

Máximo había pasado la velada juiciosamente, al lado de Luisa de Mareuil, ocupadísimos ambos en poner cual no digan dueñas a las damas que iban y venían. Y cuando daban con una locu-

ra mayor que las otras, ahogaban las risas tras de los pañuelos. Fué preciso que Renata se acercase a pedir el brazo al joven para salir de los salones. En el coche mostró nerviosa alegría; sentíase como vibrante aun de la embriaguez de las luces, de los perfumes y de los ruidos que acababa de atravesar. Por lo demás, parecía haber echado en olvido su "tontería" del hulevar, como decía Máximo. Renata le preguntó tan sólo, con acento singular:

—Por lo que se ve, es muy graciosa esa jorobadita de Luisa.

—¡Oh! graciosísima—contestó el joven riendo todavía.—Supongo que habrás visto a la duquesa de Sternich con un pájaro amarillo en el peinado. ¿No? ¿Pues no se le ha ocurrido a Luisa que se trata de un pájaro mecánico que agita las alas y que grita al pobre duque a todas horas: ¡Cucu! ¡cucu!...

A Renata le pareció muy cómica aquella bromita de colegiala emancipada. Así que hubieron llegado, al ir Máximo a despedirse, Renata le dijo:

—¿No subes? Seguramente Celeste me tiene preparado un refrigerio.

Y subió con su abandono de costumbre.

Arriba no se encontraron con refrigerio alguno, y Celeste estaba entre sábanas. Hubo precisión de que Renata encendiese las bujías de un pequeño candelabro de tres brazos. La mano le temblaba un poco.

—Esa boba—decía hablando de su doncella—habrá comprendido mal mis órdenes. Me parece que no sabré nunca desnudarme sola.

Pasó a su gabinete de tocado. Máximo se fué tras ella para contarle un nuevo chiste de Luisa que le acudía a la memoria, tan tranquilo como si se hubiese retardado en casa de un amigo, y buscando ya su petaca para encender un habano.

Y una vez allí, cuando Renata hubo colocado el candelabro, volvióse y cayó en brazos del joven, muda e inquieta, pegando sus labios a los de Máximo.

La habitación particular de Renata era un nido de seda y de encajes, una maravilla de lujo y de coquetería. Un retrete muy reducido procedía a la alcoba. Ambas piezas no componían más que una, o cuando menos, el retrete apenas era el dintel de la habitación, grande alcoba sin puerta formal, provista de cómodos sillones y cerrada por dobles antepuertas. Las paredes, en una y otra habitación, se hallaban asimismo tapizadas con una tela de seda mate gris de lino, recamada con enormes ramilletes de rosas, de lilas blancas y de ranúnculos. Las cortinas y las antepuertas eran de encajes de Venecia, sobrepuestos en forro de seda, compuesto de bandas alternativamente grises y de color de rosa. En la alcoba, la chimenea de mármol blanco, verdadera joya, ostentaba, como una canasta de flores, sus incrustaciones de lápiz-lázuli y de preciosos mosaicos, reproduciendo las rosas, las lilas blancas y los ranúnculos o botones de oro de la tapicería. Un gran lecho gris y rosa, cuya madera cubierta de tela y de flecos de seda no se veía, y cuyo cabece-ro se apoyaba en la pared, llenaba la mitad entera de la habitación, con su oleada de colgaduras, con sus encajes de relieve y su sedería brochada de ramilletes, que caían desde el techo hasta la alfombra. Habriasele tomado por un completo traje de mujer, redondeado, lleno de picados y recortes, acompañado de bullones de lazos, de volantes; y aquella amplia cortina, que se henchía a modo de falda, llevaba a pensar en una gran enamorada, inclinada, desfalleciente y pronta a caer sobre las almohadas. Bajo las cortinas, aquello era como un santuario; batistas dobladas en diminutos pliegues, una nube de blondas,

toda suerte de cosas delicadas y transparentes, que se anegaban en una media luz religiosa. Al lado del lecho, de aquel monumento, cuya devota amplitud traía a la memoria una capilla adornada para cualquier fiesta, los demás muebles desaparecían; asientos bajos, una *psyché* (tocador) de dos metros, y muebles provistos de infinidad de cajones. En el suelo, la alfombra, de color gris azulado, se hallaba sembrada de rosas pálidas y deshojadas. Y, a ambos lados del lecho, veíanse sendas pieles de enormes osos negros, guarnecidas de terciopelo color de rosa, con uñas de plata, y cuyas cabezas, vueltas hacia la ventana, miraban fijamente el ancho cielo con sus ojos de cristal.

Ofrecía aquella estancia una dulce armonía, un recogido silencio. Ninguna nota demasiado aguda, reflejo metálico ni dorado brillante sobresalían en la soñadora frase de los colores rosa y gris. Hasta el ornato de la chimenea, el marco del espejo, el reloj de péndulo y los candelabros, estaban fabricados de antiguo Sevres, dejando ver apenas el metal dorado de las monturas. Toda aquella ornamentación era una maravilla, el péndulo sobre todo, con su rueda de Amores mofletudos, que bajaban y se inclinaban alrededor de la muestra, como una bandada de pilluelos en pelota, burlándose de la rápida marcha de las horas. Aquel lujo atenuado, aquellos colores y aquellos objetos que el gusto de Renata había escogido, tiernos y sonrientes, infundían allí un crepúsculo, una velada claridad de alcoba cuyas cortinas se han corrido. Parecía que el lecho se prolongaba, que la habitación entera fuese un inmenso lecho, con sus alfombras, sus pieles de osos, sus asientos apuntados, sus tapices acolchados que continuaban la molicie del suelo a lo largo de las paredes hasta el techo. Y, al igual que en una cama, la joven dejaba sobre todos

aquellos objetos la huella, el suave calor, el perfume de su cuerpo. Cuando se descorría la doble antepuerta del gabinete, parecía que se levantaba una sobre-cama bordada de seda, que se entraba en un gran lecho, tibio y húmedo todavía, en donde se encontraban, bajo las delicadas telas, las adorables formas, el sueño y las dulces quimeras de una parisina de treinta años.

La pieza inmediata, el guarda-ropa, grande habitación tapizada de antiguo persa, estaba sencillamente rodeada de altos armarios de palo de rosa, en los que se hallaba colgado un ejército de vestidos. Celeste, en extremo metódica, colocaba los trajes por orden de antigüedad, les ponía sus correspondientes rótulos, empleaba la aritmética para los caprichos amarillos o azules de su señora y mantenía el guarda-ropa en el recogimiento de sacristía y de limpieza de un gran guararnés.

Pero la maravilla de la habitación, la pieza de que se hablaba en todo París, era el gabinete de tocado. Decíase "El gabinete tocador de la señora de Saccard" como se dice "La galería de los espejos, en Versalles". Hallábase aquel gabinete en una de las torrecillas del hotel, debajo precisamente del saloncito botón de oro. Al entrar allí, figurábase uno hallarse en una tienda redonda, tienda de hadas, erigida en pleno ensueño por alguna guerrera enamorada. En el centro del techo, una corona de plata cincelada sostenía los paños de la tienda, que bajaban redondeándose, hasta unirse a las paredes, desde donde caían rectos hasta el pavimento. Aquellos paños, aquella rica tapicería estaba compuesta de un forro de seda color de rosa, cubierto con transparente muselina, rizada a grandes pliegues de trecho en trecho; un adorno sobrepuesto de guipure separaba los pliegues y unas varitas de plata bruñida bajaban de la corona, se extendían

a lo largo de la tapicería en ambas orillas de cada aplicación. El gris rosa de la alcoba tomaba allí tintes más claros, convirtiéndose en blanco rosa de desnuda carne. Y bajo aquella bóveda de encajes, bajo aquellas cortinas que tan sólo dejaban ver del techo, por el estrecho círculo de la corona, un claro azulado, en el que Chaplin había pintado un risueño Amorcillo mirando y aparejando su flecha, habriase cualquiera creído dentro de una cajita de confites, en un lindo estuche para joyas, agrandado y dispuesto para el brillo de un diamante, ya que no para la desnudez de una mujer. La alfombra, como la nieve blanca, se extendía sin la menor semilla de flores. Anueblaban la estancia un armario de luna, cuyos dos tableros estaban incrustados de plata; una silla larga, dos *prouffs*, unos taburetes de raso blanco y una gran mesa de tocado, con tablero de mármol rosa y cuyos pies desaparecían bajo volantes de muselina y de guipur. La cristalería de la mesa-tocador, los vasos, los frascos, la palangana, eran de antiguo bohemia veteado de rosa y de blanco. Y veíase además otra mesa, incrustada de plata, como el armario de espejo, en donde se hallaban en perfecto orden todos los útiles y artefactos de tocador, raro conjunto que ostentaba un considerable número de delicados instrumentos, cuyo uso no se comprendía fácilmente; los rascaespaldas, los alisadores, las limas de todos tamaños y de todas las formas, las tijeras rectas y encorvadas, todas las variedades de pinzas y de alfileres. Cada uno de aquellos objetos, de plata y marfil, estaba marcado con las iniciales de Renata.

Pero en el gabinete había sobre todo un rincón delicioso, rincón que le daba celebridad. Enfrente de la ventana, los paños de la tienda se abrían y descubrían, en el fondo de una especie de alcoba larga y algo perfumada, una bañera,

una fuente de mármol color de rosa empotrada en el suelo y cuyos acanalados bordes, como los de una gran concha, llegaban a ras de la alfombra. Bajábase a la bañera por escalones de mármol. Por encima de los grifos de plata, en forma de cuello de cisne, un espejo de Venecia, sin marco, con dibujos trazados en el cristal, ocupaba el fondo de la alcoba. Todas las mañanas Renata tomaba un baño de unos minutos. Aquel baño impregnaba el gabinete, para todo el día, de una humedad, de un perfume de carne fresca y mojada. A veces un frasco destapado, una pastilla de jabón que se había quedado fuera de su caja, difundían un aroma más penetrante en aquella languidez un tanto insulsa. La joven se parecía por permanecer allí hasta el mediodía, casi desnuda. La redonda tienda aparecía desnuda también. Aquella bañera color de rosa, aquellas mesas y jofainas rosadas asimismo, aquella muselina del techo y de las paredes, bajo la cual creíase ver desprenderse una como rosada sangre, comunicaban redondeces de carne, de hombros y de senos; y, según a que hora del día, habríase las tenido por el niveo cutis de un niño o por el ardoroso de una mujer. Cuando Renata salía del baño, su blanco cuerpo, en aquella gran desnudez, sólo agregaba un ligero y rosado tinte al tibio ambiente de la habitación.

Fué Máximo quien desnudó a Renata. Entendía por todo lo alto de aquellas cosas, y sus ágiles manos adivinaban los alfileres y se deslizaban alrededor de su talle con no aprendida ciencia. La despeinó, le quitó los diamantes y la volvió a peinar para la noche. Y como a su oficio de doncella y de peluquero añadiese bromas y caricias, Renata se reía con risa impúdica y ahogada, mientras que la seda del corpiño le crujía y sus enaguas se desataban una por una. Así que se vió desnuda, apagó las bujías del candelabro, co-

gió a Máximo por la cintura y casi lo empujó hasta la alcoba. Aquel baile había acabado casi por embriagarla. En medio de su fiebre se daba cuenta del día que había pasado la víspera delante de la chimenea, de aquel día de ardiente estupor, de ensueños vagos y sonrientes. Y seguía oyendo el dialogar de las secas voces de Saccard y de madama Sidonia, citando números con el gangueo propio de los alguaciles. Personas eran aquellas que la ponían en el disparador, que la impulsaban al crimen. Y hasta en aquella ocasión, cuando buscaba los labios de Máximo, en el fondo del gran lecho obscuro, veíalo siempre en medio de la lumbre de la víspera, mirándola con ojos que la abrasaban.

El joven no se retiró hasta las seis de la mañana. Dióle ella la llave del postigo del parque Monceaux, haciéndole jurar que volvería todas las noches. El gabinete tocador comunicaba con el salón capullo de oro por una escalera de servicio oculta en la pared y que daba acceso a todas las piezas de la torrecilla. Del salón era fácil pasar a la estufa y dirigirse al parque.

Al salir al rayar el día, en medio de espesa niebla, Máximo se sentía un tanto aturdido por su buena suerte, aceptándola, por otra parte, con sus concupiscencias de ser neutro.

—¡Tanto peor! — pensaba, — ella es la que lo quiere, al fin y al cabo... ¡Qué divinamente formada está! y tenía razón, en la cama es dos veces más seductora que Silvia.

Poco a poco habíanse ido deslizando hacia el incesto, desde el punto y hora en que, con su raída chaqueta de colegial, se había como golgado al cuello de Renata, arrugándole su traje de guardia francés. La extraña educación que la joven daba al muchacho, las familiaridades que los convirtieron en dos camaradas; después la logocijada audacia de sus confidencias, toda

aquella peligrosa promiscuidad, acabó por ligarles con lazo singular, en que las alegrías de la amistad convertíanse casi en satisfacciones carnales. Habíanse, pues, entregado uno a otro desde hacía años; el acto brutal fué tan sólo la crisis aguda de aquella inconsciente enfermedad de amor. En la loca sociedad en que vivían, su falta había brotado como sobre un estercolero abonado con equívocos jugos, y habíase desarrollado con extraños refinamientos, en medio de particulares condiciones de libertinaje.

Cuando la gran carretela les llevaba al bosque y les mecía blandamente a lo largo de las avenidas, refiriéndose obscenidades al oído, buscando en su infancia las tunantadas del instinto, aquello era tan sólo una desviación y una satisfacción no confesada de sus deseos. Sentíanse vagamente culpables, como si se hubiesen desflorado con sólo el contacto; y hasta aquel pecado original, aquella languidez producida por las conversaciones obscenas que les abrumaban con voluptuoso cansancio, halagaban con mayor dulzura sus sentidos que los besos reales y positivos. Su compañerismo fué por tal modo la marcha lenta de dos enamorados, que debía llevarlos fatalmente un día al gabinete del café Riche y al gran lecho gris y rosa de Renata. Cuando se encontraron en brazos uno del otro, no experimentaron la impresión de la falta. Habíaseles tenido por antiguos amantes, cuyos besos despertaban lejanos recuerdos. Y acababan de perder tantas horas en un contacto de todo su ser, que hablaban, a pesar suyo, de aquel pasado henchido de sus ignorantes ternezas.

—¿Te acuerdas del día en que llegué a París? —decía Máximo;—llevabas un traje de lo más precioso; yo con el dedo, tracé un ángulo en tu pecho y te aconsejé que te descotasés haciendo punta... Sentía la carne bajo la camiseta, y em-

pujaba un poco el dedo... ¡Qué rico era aquello!

Renata se reía besándole, y murmuraba:

—¡No eras ya poco libertino!... y cómo nos divertiste en casa de Worms, ¿te acuerdas? Te llamábamos "nuestro hombrecillo". Mas yo siempre he tenido para mí que la gorda Susana se te habría entregado sin vacilar, si la marquesa no la hubiese vigilado con furibundos ojos.

—¡Ah! sí; ¡y poco que nos reímos!...—murmuraba el joven.—El álbum de las fotografías, ¿eh? y todo lo demás, nuestras correrías por París y nuestras meriendas en la pastelería del bulevar; ¿no te acuerdas de aquellos pastelillos de fresa por los cuales te pirrabas? Por mi parte me acordaré toda la vida de aquella tarde, en que me contaste la aventura de Adelina, en el convento, cuando escribía cartas a Susana, y firmaba como un hombre: Arturo de Espanet, y le proponía que la raptara...

Los amantes se regocijaban con tan graciosa historia; después Máximo proseguía con voz mimosa:

—¿Y cuando ibas por mí al colegio en tu coche?... deberíamos estar chuscos los dos... Yo desaparecía bajo tus faldas: tan pequeño era.

—Sí, sí,—balbuceaba Renata, acometida de escalofríos y atrayendo al joven hacia ella,—aquello era magnífico, como tú dices. Nos queríamos sin saberlo, ¿no es así? Por mi parte, lo supe antes que tú. Días pasados, al regresar del Bosque, rocé tu pierna, y me estremecí... Pero tú de nada te percataste. ¿Eh? No pensabas en mí, ¿verdad que no?

—¡Oh! sí—contestaba un sí es o no es turbado.—Sólo que yo no sabía, ya comprendes, no me atrevía.

No decía la verdad. La idea de poseer a Renata no le había pasado nunca por las mientes; habíala desflorado con todo su libertinaje sin de-

searla en realidad. Era demasiado afeminado para tamaño esfuerzo. Aceptó a Renata porque se le imponía y deslizóse hasta su lecho, sin quererlo, sin preverlo. Cuando allí cayó, permaneció allí porque hacía un calorcito agradable y porque perdía la memoria en todos los agujeros en que se metía. En los comienzos, saboreó hasta satisfacciones de amor propio. Tratábase de la primer mujer casada que poseía y no le pasaba por la imaginación que el marido era su padre.

Pero Renata aportaba a la falta todos los ardores de un corazón desordenado. También ella se había dejado deslizar por la pendiente; sólo que no había rodado hasta el fin como carne inerte. El deseo se había despertado sobrado tarde para poderlo combatir, cuando la caída era ya irremediable. Semejante caída se le presentó bruscamente como necesidad de su aburrimiento, como goce raro y extremo, único que podía despertar sus sentidos fatigados, su corazón marchito. En aquel paseo del otoño, a la hora del crepúsculo, cuando el Bosque se adormecía, fué cuando la vaga idea del incesto se le presentó, semejante a un cosquilleo que le produjo a flor del cutis un desconocido estremecimiento; y, por la noche, en la semiembriaguez de la comida, bajo el aguijón de los celos, aquella idea llegó a precisarse, se irguió arduosamente ante ella, en medio de los calores de la estufa, en frente de Máximo y de Luisa. En aquella hora, aspiró al mal, al mal que nadie comete, al mal que iba a henchir su vacía existencia y empujarla por último a aquel infierno, del que siempre tuvo miedo, como en aquellos tiempos en que era niña. Luego, al día siguiente, por un sentimiento extraño de remordimiento y de cansancio, sus deseos desaparecieron. Parecíale que había ya pecado, que no era aquello tan bueno como se figu-

raba y que, antes por el contrario, sería el colmo de la suciedad. La crisis había de ser fatal, llegar por sí misma, sin tener en cuenta a aquellos dos seres, a aquellos camaradas, destinados como estaban a engañarse un día y a aparearse, creyendo darse un apretón de manos. Mas, tras de aquella caída bestial, entregóse de nuevo a su ilusión de un placer sin nombre, y entonces volvió a estrechar a Máximo en sus brazos, curiosa por él, curiosa por las alegrías de un amor que consideraba como un crimen. Su voluntad aceptó el incesto, lo exigió y creyó saborearlo hasta el fin, hasta los remordimientos, si era que aparecían alguna vez. Presentóse activa, consciente; amó con su gran frenesí de gran mujer de mundo, con sus inquietos perjuicios de burguesa, con todos sus combates, sus alegrías y sinsabores de mujer que se ciega en su propio desprecio.

Máximo volvió todas las noches; llegaba por el jardín, a la una de la madrugada. Lo más frecuente era que ella le esperase en la estufa, que él había de atravesar para dirigirse al saloncito. Por lo demás la impudicia de ambos no tenía límites, apenas se ocultaban y se olvidaban de las precauciones más elementales del adulterio. En realidad de verdad, aquel rincón del hotel les pertenecía. Unicamente Bautista, el ayuda de cámara del marido, tenía derecho para entrar allí, y Bautista, hombre formal, desaparecía tan pronto como su servicio quedaba terminado. Máximo, tenía la graciosa ocurrencia de decir que se retiraba para escribir sus Memorias. Una noche, sin embargo, cuando acababa de llegar, Renata se lo mostró, atravesando solemnemente el salón, con un candelabro en la mano. El gran criado, con su aspecto de ministro, iluminado por la amarilla claridad de la cera, presentaba la noche aquella un semblante más correcto y más severo aun que de costumbre. Inclináronse

los amantes y le vieron apagar la bujía y dirigirse hacia las cuadras, en donde dormían caballos y palafreneros.

—Está haciendo la ronda—dijo Máximo.

Renata se quedó trémula. Por regla general, Bautista le causaba inquietud. Llegaba a decir que era el único hombre honrado del hotel, con su frialdad y sus serenas miradas, que no se fijaban nunca en los hombros de las mujeres.

Emplearon entonces alguna prudencia para verse. Cerraban las puertas del saloncito, y de este modo podían gozar con toda tranquilidad de éste, de la estufa y de la habitación de Renata. Era aquello todo un mundo. Durante los primeros meses, allí disfrutaron los goces más refinados, los más delicadamente buscados. Pasearon sus amores desde el gran lecho gris y rosa de la alcoba, a la blanca y rosada desnudez del gabinete tocador y a la sinfonía en amarillo menor del saloncito. Cada pieza, con su perfume particular, con sus tapices, con su vida propia, les proporcionaba una ternura diferente, hacían de Renata una enamorada distinta: mostróse delicada y preciosa en su almohadillado lecho de gran dama, en medio de aquella habitación templada y aristocrática, en donde el amor revestía una como purificación de buen gusto; bajo la tienda color de carne, en medio de los perfumes y de la húmeda languidez del cuarto de baño, mostrábase muchacha caprichosa y carnal, entregándose al salir del baño, y allí fué en donde Máximo la prefirió; después, allá abajo, a la refulgente luz de sol naciente del saloncito, en medio de aquella aurora amarillenta que doraba sus cabellos, convertíase en diosa, con su cabeza de rubia Diana, con sus desnudos brazos de castas actitudes, con su cuerpo irreprochable, cuyos movimientos, en los confidentes, revestían nobles líneas de gracia clásica. Mas era aquel un

sitio en el cual Máximo casi tenía miedo y al que Renata no le arrastraba sino en los días malos, aquellos en que ella se sentía falta de más punzante embriaguez. Entonces se enamoraban en la estufa; allí era en donde saboreaban el incesto.

Una noche, en un momento de inquietud profunda, la joven quiso que su amante fuese por una de las pieles de oso negro. Y hundiéronse sobre ella, al borde de una fuente, en la gran avenida circular. En la parte exterior helaba terriblemente, en medio de limpidísima claridad de luna. Máximo había llegado tiritando, con las orejas y los dedos hechos pura nieve. La estufa se hallaba tan caliente, que le sorprendió un desfallecimiento al recostarse sobre la piel del animal. Entraba en tan intenso calor al salir de las agudas picaduras del frío, que experimentaba escozores, como si le hubiesen azotado con mimbres. Cuando volvió en sí, vió a Renata arrodillada, inclinada, con los ojos fijos y en actitud tan brutal, que le causó miedo. Con los cabellos en desorden y desnudos los hombros apoyábase en los puños, con la espina dorsal prolongada, semejante a una enorme gata de fosforescentes ojos. El joven, tendido de espaldas, distinguió, por encima de los hombros de aquella hermosa cuanto enamorada fiera que le miraba, la esfinge de mármol, cuyas relucientes caderas iluminaba la luna. Renata ofrecía la actitud y la sonrisa del monstruo con cabeza de mujer, y, en sus desprendidas faldas, parecíase a la blanca hermana de aquel dios negro.

Máximo permaneció languideciente. El calor era sofocante, calor sombrío, que no caía del cielo en lluvia de fuego, sino que se arrastraba por el suelo, como una dañina exhalación, cuyo vapor se alzaba semejante a una nube preñada de tempestad. Una cálida humedad cubría a los amantes de rocío, de sudor ardiente. Por largo

espacio permanecieron sin movimientos y sin pronunciar una palabra, en aquel baño de llamas, Máximo abatido e inerte, Renata temblorosa y apoyada sobre las manos como sobre corvas flexibles y nerviosas.

Por fuera, y a través de los cristales de la estufa, veíanse rayos de luz por la parte del parque Monceaux, macizos de árboles de delicadas y negras formas, praderas de césped blancas como congelados lagos, todo un paisaje muerto, cuyas delicadezas, claros y lisos matices, recordaban trozos de grabados japoneses. Y aquel rincón de abrasadora tierra, aquel inflamado lecho en que los amantes se tendían, hervía por modo extraño en medio de aquel grande y mudo frío del exterior.

Pasaron una noche de amor loco. Renata era el hombre, la voluntad apasionada y ejecutiva. Máximo se sometía. Aquel ser neutro, rubio y bonito, herido desde la infancia en su virilidad, convertíase en los brazos de la joven, en una gran moza, con sus miembros despojados de vello y con sus graciosas desnudeces de efebo romano. Parecía como nacido y desarrollado para perversión de la voluptuosidad. Renata gozaba de su dominio, doblegando bajo su pasión a aquella criatura cuyo sexo vacilaba siempre. Constituía aquello para ella una constante extrañeza del deseo, una sorpresa de los sentidos, una rara sensación de malestar y de agudo placer. De nada más se daba cuenta; volvía a sus dudas al contemplar su delicado cutis, su redondeado cuello, sus abandonos y sus desvanecimientos. Llegó entonces a la plenitud de su goce. Máximo, al revelar un nuevo estremecimiento, la llevó a completar sus extravagantes tocados, su prodigioso lujo, su vida hasta el último trance; inoculó en su carne la nota excesiva que ya cantaba en torno de ella; fué el amante aparejado para

las modas y para las locuras de la época. Aquel lindo muchacho, cuyas esbeltas formas dibujaban sus trajes, aquella niña frustrada, que se paseaba por los bulevares, con la raya en medio de la cabeza, con sus risitas y sus sonrisas de aburrimiento, aparecía ser, en manos de Renata, uno de esos desórdenes de decadencia que, en ciertas ocasiones, en una nación podrida, consume el cuerpo y desconcierta el entendimiento.

En la estufa sobre todo era en donde Renata era el hombre. La calenturienta noche que allí pasaron fué seguida por muchas más. La estufa amaba, ardía al par que ellos. En el pesado ambiente, en la argentada claridad de la luna, veían el extraño mundo de las plantas que les rodeaban, moverse confusamente, cambiar abrazos. La piel de oso negro ocupaba toda la avenida. A sus plantas la fuente exhalaba vapores, acompañados de bullidora agitación, de espeso enlace de raíces, mientras que la rosada estrella de las Ninfas, se abría a flor de agua, como un corsé de virgen, y que las Tornelias dejaban colgar sus malezas a modo de cabelleras de Nereidas pasmadas. Luego, en torno de ellos, las palmeras, los grandes bambúes de la India, se elevaban, llegaban a la bóveda, desde donde se colgaban y mezclaban sus hojas, con vacilantes actitudes de amantes fatigados. Más abajo, los helechos, las pteridas, las alsófilas, parecían como damas verdes, con sus amplias faldas guarnecidas de volantes regulares, quienes, mudas e inmóviles a los lados de la avenida, esperaban al amor. A su vera, las hojas retorcidas, tachonadas de rojo, las begonias y las hojas blancas, lanceoladas, los caladios, exhibían una vaga serie de magulladuras y de palideces, que los amantes no se sabían explicar y en las que a veces distinguían redondeces de caderas y de rodillas, revueltas por el suelo, bajo la brutalidad de sangrien-

tas caricias. Y los bananos, doblegándose con el peso de los racimos de su fruto, les hablaban de la fecunda fertilidad del suelo, mientras que los euforbios de Abisinia, cuyos espinosos cirios entreveían, en la obscuridad, contrahechos, llenos de vergonzosas jorobas, parecían que sudaban la savia, el desbordado flujo de aquella generación de llamas. Mas, a medida que sus miradas penetraban en los rincones del invernadero, la obscuridad se henchía de intemperancia cada vez más furiosa de hojas y de tallos; ya no distinguían, en las gradas, las marantas suaves como el terciopelo, las gloxinias con campanillas color de violeta, las dracenas semejantes a hojas de antigua y barnizada laca; era aquello como una especie de bailoteo de hierbas vivientes que se perseguían con no saciadas caricias. En los cuatro ángulos, en el paraje en que los cortinajes de trepadores bejucos formaban bóvedas, sus carnales ensueños enloquecían más y más, y los flexibles haces de las vainillas, de las cocas de Levante, de los quiscualos, de las baninias, eran los interminables brazos de amantes que no se veían y que prolongaban desatinadamente sus abrazos, para llevarse a sí propios todos los placeres esparcidos. Aquellos brazos sin fin, pendían de extenuación, se anudaban en un espasmo de amor, buscábanse, se enrollaban, como movidos por el cebo de toda una muchedumbre. Era el inmenso cielo de la estufa, de aquel rincón de bosque virgen, en donde centelleaban los verdes y las florescencias de los trópicos.

Máximo y Renata, con sus sentidos extraviados, sentíanse transportados a aquellas gigantes cas bodas de la tierra. El suelo, al través de la piel de oso, les enardecía las espaldas, y de las altas palmas caían sobre ellos efluvios de calor. La savia que subía por los troncos de los árboles les penetraba también, transmitiéndoles deseos

locos de desarrollo inmediato, de reproducción gigantesca. Entraban en el celo de la estufa. Entonces, en medio de la pálida claridad, era cuando las visiones les entorpecían los sentidos, pesadillas en que asistían por largo espacio a los amores de las palmeras y de los helechos; los follajes tomaban las apariencias confusas y equívocas que sus deseos fijaban en imágenes sensuales; murmullos, cuchicheos les llegaban de los macizos, voces de pasmo, suspiros de éxtasis, ahogados gritos de dolor, risas lejanas, todo lo que sus besos tenían de picoteadores y que el eco les devolvía. A veces creíanse agitados por un temblor de la tierra, como si la tierra misma, en crisis de saciedad, hubiese estallado en volutuosos sollozos.

Si hubiesen cerrado los ojos, si el sofocante calor y la pálida luz, no les hubiesen transmitido una depravación de todos los sentidos. Las emanaciones habrían bastado para lanzarles en nervioso y extraordinario eretismo. La fuente les humedecía con olor acre, intenso, en que iban envueltos los mil perfumes de las flores y de los verdes. A veces la vainilla parecía cantar con arrullos de paloma torcaz; después sobresalían las graves notas de las estanopeas, cuyas atigradas bocas poseen el aliento penetrante y amargo de convaleciente. Las orquídeas en sus canastas suspendidas por cadenas, exhalaban sus hálitos, semejantes a incensarios vivientes. Pero el olor que dominaba, aquel en que se fundían todos aquellos vagos suspiros, era el olor humano, el perfume del amor que Máximo reconocía cuando besaba la nuca de Renata, cuando hundía la cabeza entre sus desordenados cabellos. Y permanecían como embriagados al respirar aquel perfume de mujer enamorada, que se extendía por la estufa como por una alcoba en la que la tierra daba a luz.

Los amantes tenían por costumbre tenderse bajo el tanghin de Madagascar, bajo aquel arbusto envenenado, una de cuyas hojas había mordido la joven. A su alrededor blancas estatuas sonreían, contemplando el enorme apareamiento de las plantas. La luna, en su cámara, alteraba la colocación de los grupos, animaba el drama con su cambiante de luz. Y se creían a mil leguas de París, fuera de la fácil vida del Bosque y de los salones oficiales, en el apartado rincón de una selva de la India, de cualquier monstruoso templo, del cual la negra esfinge se convertía en dios. Sentíanse rodar al crimen, al amor maldito, a una ternura de bestias feroces. Toda aquella multiplicación que les rodeaba, aquel sordo barbofeo de la fuente, aquella desnuda impudicia de los follajes, les arrojaba el pleno infierno dantesco de la pasión. En el fondo de aquella jaula de cristal, tan hirviente con las llamaradas del verano, perdida en la helada claridad de diciembre, era entonces cuando saboreaban el incesto, como fruto criminal de una tierra por demás abrasada, con el sordo temor de su alumbramiento terrorífico.

Y en medio de la negra piel, el cuerpo de Renata se destacaba blanco, en la actitud de grande gata agachada, con el lomo arqueado y las manos extendidas, como corvas flexibles y nerviosas. Sentíase en gran manera henchida de voluptuosidad, y las precisas líneas de sus hombros y de sus caderas se destacaban con sequedades finas sobre la obscura mancha con que la piel ennegrecía la amarilla arena de la avenida. Acechaba a Máximo, a aquella presa tendida debajo de ella, que se le entregaba, y de la que era dueña y señora. Y de vez en cuando, se inclinaba de repente y le besaba con su irritada boca. Abriase ésta entonces con la explosión ávida y sangrienta del hibisco de la China, cuya extensión cubría el

lado del hotel. No era ya más que una ardiente hija de la estufa. Sus besos florecían y se marchitaban como las rojas flores de la gran malva, que apenas duran unas horas, y que renacen sin cesar, semejantes a los labios marchitos e insaciables de una gigantesca Messalina.

V

El beso que había estampado en el cuello de su mujer, preocupaba a Saccard. Mucho tiempo hacía que no ejercía sus derechos de esposo; la ruptura había llegado con la mayor naturalidad, y ni el uno ni el otro se preocupaban de un lazo que les era molesto. Para que a él se le ocurriera entrar en la habitación de Renata, preciso era que se ocultase un buen negocio en el fondo de sus ternezas conyugales.

El golpe afortunado de Charonne marchaba a pedir de boca, sin que dejase de tenerle inquieto el desenlace. Larsonneau, con sus camisas resplandecientes, se venía con sonrisas que le desagradaban. No era más que un intermediario, un testafarro cuyas complacencias pagaba con un interés de diez por ciento sobre los beneficios futuros. Pero aun cuando el agente de expropiación no hubiese puesto ni un sueldo en el negocio, y que Saccard, después de haber proporcionado los fondos del café-concierto, hubiese tomado todas sus precauciones, como contra-venta, cartas cuya fecha quedaba en blanco, recibos dados de antemano... no por esto dejaba de acosarle un miedo sordo, un presentimiento de alguna traición. Preveía en su cómplice la intención de hacerle cantar, valiéndose del inventario fal-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO